

La cuarta persona del singular

Para una poética del personaje

Verónica Bujeiro



El actor Forrest Taylor en la cinta *The Iron Claw*, dirigida por James W. Horne en 1941.
(Fotografía: John Kobal Foundation / Getty Images)

LA CREACIÓN DE UN PERSONAJE ES MÁS que una impresión tridimensional en la tinta de un *algo* que vivirá en el escenario. Para acceder a él se requerirá de un deslizamiento: el traslado de la primera persona hacia un páramo más bien incierto. Es el *yo* quien piensa inocentemente que tiene una idea sobre un *tú* del que vale la pena contar un *algo*, aunque en realidad el personaje es una alianza extraña que configura una no-materia efímera y fugaz entre uno y el fantasma de uno.

Ante el personaje, los manuales dicen cosas que uno practica por desesperación, como si muertos de hambre acudiésemos absurdamente a un libro de cocina. Sus ideas fincadas bajo distintas épocas y miradas pueden tener razón, pero más vale escarmentar en carne propia esa reunión ficticia entre ese *tú* y *yo*, pues finalmente eso que estamos a punto de hacer, aunque haya existido desde Adán, nadie más que *nosotros* podrá describirlo.

La huida siempre tiene un punto de partida claro. El *tú* y *yo* se encuentran bajo el éter de una idea. *Tú* y *yo* no nos conocemos y quizás ninguno de los dos queremos hacerlo, pero este encuentro nos marca. Nos define hacia un destino para el que *yo* creo conocer las coordenadas. Tomo pedazos de realidad prestada para comenzar a darle un cuerpo y una cara. Nunca me detengo a pensar que bajo esa selección yacen mis afectos y mis temores. Quizás por eso me da miedo nombrarle, pues parecería que en este punto no es parte de mi entraña. Si finalmente lo hago y agrupo un par de graffias que lo señalen es porque necesito una denominación necesaria para certificar que existe, como una rúbrica propia para señalarlo de entre los impulsos y bacterias que corren dentro de mí. Pasado cierto tiempo de andanza le dedico unas horas al día. Con la información que me he creado en la cabeza sobre ese *tú*, creo mediante una voz que nunca he escuchado, una voz que lo dibuja y que a la vez me interroga. Andamos un camino que ninguno de los dos conocemos y de pronto la realidad nos apaga la luz. Es aquí que irrumpe esa imperceptible vibración de un *nosotros*, como una resonancia que une el latir ficticio de ambos corazones. Dentro del blanco de la página se abre una grieta —¿o es acaso una herida?— que conduce a un túnel oscuro.

Como única guía llevo el sonido de esa voz que en realidad no escucho y a tientas intento imprimirla sobre graffias como si pudiera con eso disecarla, disparando a negros para fijar ese instante en el que puedo ver a quien habla de cerca. Dudo en continuar con la travesía, pero sé que dentro de este trance ya hemos establecido un acuerdo. Hemos arribado a un tipo de intimidad que no conocen los cuerpos. A partir de esa cópula en la que el *yo* y el *tú* se han vuelto uno mismo, coexistimos, llevándonos uno a otro a cuestas. Cuando logro cruzar hacia el otro lado de la grieta, en la vana claridad del día, el mundo hace eco en la materia de eso que ya se ha comenzado a gestar y lo relaciona en el hilo que anuda los cabos sueltos de eso que sólo ese *tú* y *yo* sabemos. Ansiosa vuelvo al túnel, pero esta vez la voz vacila, me desorienta y a veces desaparece. Algunas de las cosas que dice pueden dar miedo. Mi *yo* no las reconoce como propias, pero acepta darle libertad en el negro brusco de la graffia. En ocasiones la voz se negará a participar de un avance, castigando a la palabra con el mero balbuceo, negándose a avanzar hacia donde *yo* quiero, como si fuera un perro viejo. En este punto puede sucumbir el abandono momentáneo. La ruptura o quiebre en donde solo convivirá el silencio, pues en toda relación tiene que existir un conflicto. Pero hay una alianza que se ha gestado a mis espaldas entre la graffia y el fantasma que, aunque no quiera, me reclama de vuelta. Algunas veces puede ignorarse; sin embargo, es complicado virar hacia atrás en este punto. Aunque ambos no lo queramos así, el desplazamiento nos ha hecho alcanzar otra forma. No más *tú*, no más *yo*, ahora formamos parte de una conjugación expatriada: una cuarta persona del singular.¹ Y así conjugados adquirimos una potencia propia. Nos movemos en un ritmo secreto y ansioso, buscamos la potencia del sentido. Cada vez logramos vernos más cara a cara, aunque ninguno de los dos pueda dilucidar el rostro del otro. Llega el punto en el que ambos rugimos como un motor lleno de euforia y es entonces que

¹ “Una ‘cuarta persona del singular’, la no-persona o ‘él’, en quien no reconocemos o reconocemos a nuestra comunidad, mejor que en los trueques vacíos entre un *yo* y un *tú*”, Gilles Deleuze, “¿Quién viene después del sujeto?”, en *Zona Erógena*, número 18, 1994. <http://bit.ly/1ew9Rmp>

acontecemos en un alumbramiento seco y no libre de dolor porque ha llegado el momento de separarnos. El punto final nos cae como una especie de despedida. Se corre el primer telón.

Terminada la empresa de gestación, el personaje y yo sabemos que tendremos que recurrir a un usurpador de cuerpos para materializar *esto* que hemos venido haciendo a tientas y oscuras. Intuimos traición, pero no nos queda de otra.

Pasado un tiempo, es dentro de ese cuerpo usurpado que volvemos a encontrarnos, pero la presencia de ese *otro* hiende una distancia, perpetra un nuevo desplazamiento. Ya no hay más *tú* y *yo*, ahora es él quien le conjuga. La escisión entre nosotros es por demás incómoda. Corremos la suerte de actuar por nuestro lado ante la rigurosa mirada de un mundo que nos disloca. A él le toca la parte de mostrarse dentro del *otro*, mientras que yo me pierdo en el anonimato de la sala. Cuando la luz artificial le ilumina volvemos a reunirnos en ese escenario/cadalso, sin saber si pasaremos la prueba o fallaremos. La llama que nos unió se aviva y ambos

intentaremos despertar a los otros cuerpos, inquietarlos o al menos aplastarlos con brutal aburrimiento. Por un momento volvemos a esa conjugación expatriada, pero en el intersticio entre la última línea y el aplauso yo lo veo a él huyendo de ese cuerpo que lo ha usurpado. Quiero seguirlo pero en ese instante no puedo. Cae el segundo telón y ese *otro* que hizo de él, es quien recibe los aplausos. A mí me tocan los abucheos y las preguntas, ese era el trato. Un acuerdo que olvido cada vez y que me deja en la soledad más pura, pues cuando el personaje logra convencer, se crea una vida propia a la que ya no estoy más invitada. El *otro* y él me cierran la puerta en la cara.

En realidad no importa.

La página en blanco reclama ya inquieta nuevas graffias, y en el escenario de mi mente se prepara una nueva fuga. Ante ese nuevo *tú* sobrevive el recuerdo de la tensión y los entuertos de la última conjugación obtenida, pero habrá que comenzar otra vez. Lo único que me consuela es que en esta dimensión estoy segura, lejos del atroz juicio del aplauso. **▲▲▲**



Fotograma de *The Invisible Man's Revenge*, dirigida por Ford Beebe en 1944. (Getty Images)